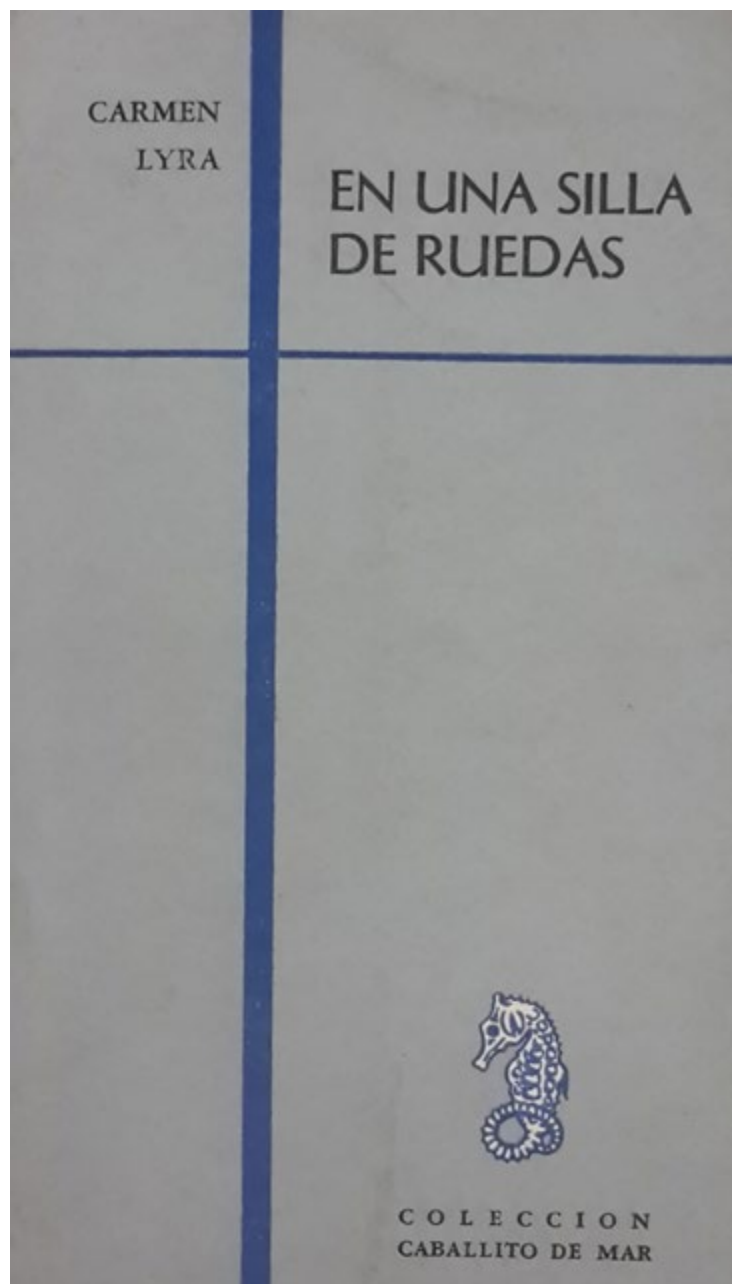


6 En una silla de ruedas

Carmen Lira



Una novela de la fe, de la energía, cuyo personaje se encuentra atado a un mueble triste, a una silla de ruedas que ha ido creciendo con él desde los primeros momentos de su infancia hasta los veinticuatro años, época en la que su fuerza moral obtiene la verdadera victoria: la del optimismo sobre la melancolía.

A primera vista, parece que el inválido Sergio recorre una senda sombría. Sin bien nos fijamos, hemos de convencernos de que por la fuerza de voluntad suya, ese camino se convierte, sin dificultad alguna, en un sendero luminoso de esperanza y, lo que más vale, de realidades.

Existe, en la literatura francesa contemporánea, una magnífica novela cuyo dolor se encierra en las preguntas tenebrosas: ¿Por qué el ser humano no puede, no sabe respirar sin provocar terribles conflictos? ¿Basta que los hombres deseen algo para que, de ese anhelo, surja, sin querer, el sufrimiento propio y el de los demás?

La respuesta la enuncia un sacerdote, quien afirma que el sufrimiento separa, que al desprender al hombre de la tierra, lo hace más vaporoso. Le confiere la fluidez, que no posee, para deslizarse a lo largo de un camino en el que la muerte lo hace desaparecer de nuestra vista

Sin que por eso deje de seguir adelante. Si es cierto, como alguien afirma, que reflexionar acerca del sufrimiento es dominarlo, es tratar de utilizarlo, Sergio Esquivel ha aprendido, de la vida misma, a dominar las propias angustias creando en su íntimo ser, una voluntad de dolor, una felicidad en el sufrimiento que embellece cuanto a su alrededor se encuentra, aún lo menos bello, aún lo más ingrato.

Sergio nunca se pregunta por la razón desesperada de cuánta injusticia le sale al paso. Su sabia ignorancia conoce que el dolor es engendrado por el dolor. Para destruir esa cadena que el destino se complace en ir forjando alrededor de los suyos, le niega toda influencia, lo desarma con el silencio resignado, por una parte y prueba que, al principio, parece amarga.

El silencio optimista de un hombre, a quien la existencia desea hacer sufrir, no apaga, sino reanima, la belleza del universo y, con ella, la felicidad de los humanos.

Sergio, inválido, sufre el abandono de la madre, cabeza infantil que obedece al terrible influjo de una pasión inesperada e injusta. El hogar desaparece. Una hermanita muere. Le hace falta el calor inefable del nido destruido. Pasa el muchachito de las manos cariñosas y diligentes de la dulce viejecita Canducha y de la deliciosa Ana María, a las interesadas y exigentes aulas de un colegio, de otro colegio, después y, al fin, a los fríos salones de un asilo de incurables.

Parece su vida engarzada, momento a momento, en un hilo sutil de tristezas. Hasta el violín bien amado calla sus nostalgias. Sin embrago, la fuerza de voluntad de Sergio hace surgir la afectuosa solicitud de Ana María con quien mira la vida al través de un cristal de colores mágicos. Ese mismo silencio, que no quiere quejarse ante el destino, le trae la devoción delicada del viejo tirolés que vivió varios años de penumbra espiritual en un sanatorio de almas. Esa voluntad de sufrir sin dolerse ante nada ni ante nadie, le concede el bienestar del cuerpo y del alma cuando un inglés reconoce los méritos que, como artista posee el inválido.

Llega la felicidad, el olvido de las penas, para cuatro seres puestos en prueba, martirizado por la suerte.

Cada uno de aquellos corazones se convierte en un armonioso cuarto de golondrinas de vuelos inquietos y constantes. Reaparece el ensueño. Nunca se alejó del alma privilegiada del simpático protagonista.

Si hay novelas que se inician con un dolor, continúan en medio de tristezas y se agotan en una angustia, En una silla de ruedas no puede decirse sino que, en todos los instantes, la melancolía parece tratar de apoderarse de cada uno de los personajes, aspecto que nunca logra del todo. El relato termina, no con una angustia más, con una brillante esperanza que ha de verse muy pronto convertida en valiosa realidad.